

# EL BESO DE UNA MADRE



POEMA EN UN CANTO

ORIGINAL

DE

José Almeida y Caballero.



Valladolid.—Imp. de J. Torés.  
*Calle de la Serpe, núm. 16.*



DG  
A

EL BESO  
DE UNA MADRE.



7171146

1870

to be  
the  
of

# EL BESO DE UNA MADRE

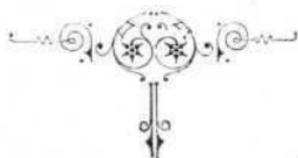


POEMA EN UN CANTO

ORIGINAL

DE

José Almoína y Caballero.



Valladolid.—Imp. de J. Torés.  
*Calle de la Sierpe, núm. 16,*

LIBRO DE LA BIBLIOTECA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

*Es propiedad del autor.*

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

A mis respetables y bondadosos amigos  
la Sra. Doña Vicenta Quijano y Don  
Vicente de la Puente Terán,

Como leve prueba de afecto y de  
su más distinguida consideración

*José Alcocina Caballero.*



# EL BESO DE UNA MADRE



## I.

Es, la madre modelo,  
hilo que engarza, con su hogar, el cielo.

## II.

En estancia lujosa,  
con Pérsicos tapices adornada;  
donde crece la rosa  
en búcaros de china aprisionada;  
donde el Sol, con poética dulzura,  
al deshacer su luz en mil colores  
hiriendo los bordados y primores  
de adamascada y rica colgadura,  
sumerge el aposento  
en un golfo de luz tibia y suave  
como ósculo que dá el ala del ave  
en el cristal del líquido elemento,

fabricada por manos españolas,  
se vé artística cuna,  
del color de la luna  
rielando del mar sobre las olas;  
y entre pañales de nevado brillo,  
duerme en ella un pequeño, tan rosado,  
tan rubio y tan travieso geniecillo,  
que es trasunto de un ángel animado  
por el pincel del inmortal Murillo.

Al borde de la cuna el sueño vela  
del fruto de su unión la hermosa Irene,  
y si en sus lábios un suspiro vuela,  
con ánsia le contiene,  
ó le ahoga, en la red de su pañuelo,  
ó en una flor que en su regazo tiene,  
¡no vaya á despertar el pequeñuelo!

Y en su mirada la impaciencia oscila  
pues creyó percibir leve ruido,  
y no queda tranquila  
hasta verle de nuevo bien dormido.

Si gotas de sudor cubren la frente  
del que entregado á un dulce sueño mora,  
se inclina blandamente,  
y del agua los hilos, de repente,  
al calor de sus besos evapora.

Y de sus lábios al sentir el roce,  
el de la cuna, un nombre balbucea,  
y sonríe feliz, porque conoce  
que al besar una madre es que alborea,

para el alma del hijo, un bello día  
de esperanza y amor, en cuyos giros,  
un astro de ventura y de alegría,  
luce su inmenso chal de pedrería  
formada de brillantes y zafiros.

Del próximo jardín se alzan rumores,  
los poemas de besos y congojas  
que escriben, al contarse sus amores,  
las aves, de los bosques trovadores,  
y las fuentes, las auras y las hojas.

Del búcaro la flor, con rica esencia  
embalsama el ambiente  
que aspiran la honradéz y la inocencia,  
y sus ojos de luz lánguidamente  
entorna aquella madre afortunada;  
y al ver que un sueño grato se avecina,  
del hijo de su amor sobre la almohada  
su cabeza gentil blanda reclina.

Y á poco, como dos gallardas rosas  
que sobre un mismo tallo se cimbrean  
al sentir las caricias pudorosas  
de céfiros que en torno coquetean,  
hijo y madre, al rumor de dulces besos  
que alejan de la pena el duro ceño,  
con suave vaiven quedaron presos  
entre las redes de apacible sueño.

Y el grupo delicioso  
de Irene y del rapáz, encanto hermoso  
de un alma noble que en amores arde,

envuelto en un celaje tembloroso,  
penacho del corcél dó vá la tarde,  
parece el de dos ángeles dormidos,  
y en un rayo de luna suspendidos.

### III.

Fugáz nieve es la dicha; si un momento  
el alma se recrea en su blancura,  
cabalgando en los átomos del viento  
llega, á todo correr, el sufrimiento,  
y al pisarla, la envuelve en su negrura,  
porque, al tiempo feliz, en esta vida  
le prestan, de violencia sin asomo,  
para venir, su pesadéz el plomo,  
sus alas el ciclón, para la huida.

Por eso, no bien lucen dos auroras  
desde la tarde aquella  
en que la madre vió correr las horas  
junto la prenda bella  
de su amor y esperanzas seductoras,  
y no es la Irene en cuyos lábios rojos  
alegre sonreir jugueteaba,  
y en cuyos grandes y azulados ojos,  
ausentes los enojos,  
de la ventura el sol se columpiaba.

La encendida aureola,  
 que tinte de poética frescura  
 dió ayer á sus mejillas de amapola,  
 al soplo de la pena,  
 hoy cambia su rosada vestidura  
 por pálidos capullos de azucena.

¡Pobre Irene! Cayéndola en la mano  
 lloro, que del placer nubla los soles,  
 se asemeja á una Venus de Ticiano,  
 fundida del dolor en los crisoles.

Ya su talle gentil, con gallardía,  
 y en curvas hechiceras,  
 no copia el ondular de las palmeras  
 que crecen bajo el sol de Andalucía,  
 como cuando formaba así los lazos  
 del sueño que su hijo apetecía,  
 por blanda cuna los maternos brazos.

¿Quién causa tanto duelo,  
 y en el nido do vive la belleza,  
 y una madre modelo,  
 torna luces del cielo  
 en opácos blandones de tristeza?

¿Por qué un hondo sufrir surcos trazados  
 dejó en aquella frente alabastrina?

¿Por qué ostenta en sus ojos entornados  
 esos círculos mil amoratados  
 que existen del insomnio en la neblina?

¡Pobre Irene! Es que en torno de la cuna  
 donde formó el altar de sus amores,

ya no flotan, ni brisas de fortuna,  
ni el hada de los sueños protectores.  
Es que una enfermedad, soplo de hielo  
depositó, traidora,  
en el débil pulmon del pequeñuelo,  
y pretende que el ángel, con la aurora,  
vuelva á su pátria natural; el cielo.

Y como es el dolor del hijo amado  
para una madre, lo que el cierzo airado  
para la flor que en los vergeles crece,  
por eso Irene, de la cuna al lado,  
de pesar é impaciencia desfallece:

Y por eso contempla la mirada  
que, en estancia lujosa  
donde vive la rosa  
en búcaros de china aprisionada,  
llorando reza una muger hermosa.

#### IV.

Las aves cantan himnos de armonía  
del jardín en el centro,  
y dice Irene:—fuera ¡qué alegría!  
¡Dios mio! ¿quién diría  
que el alma lleva tantas sombras dentro?

¿Qué me importan del alba los cendales  
 hechos de espuma remojada en oro;  
 ni esas rítmicas notas ideales  
 que lanza, enamorando á los rosales,  
 de la caterva trinadora el coro?  
 ¿Por qué al sensible corazón no hechiza  
 ni la voz de rugiente catarata,  
 ni el río que mi huerto fertiliza  
 y que cual sierpe de bruñida plata  
 por un cauce de flores se desliza?  
 ¡Virgen Santa!... ¿lo ves?... es que me affijo  
 cerca viendo la muerte y su misterio!...  
 ¡Te lo imploro ante el Dios del Crucifijo!...  
 ¡No me arrebatas, por piedad, el hijo!...  
 ¡No me trueques el mundo en cementerio!..

Y la madre infeliz con ánsia loca  
 se alza de pronto, cual por flecha herida...  
 al niño un respirar tardo sofoca,  
 y dá calor con besos de su boca  
 á aquel sér que es la vida de su vida.  
 De pronto se oye un grito y aterrada  
 Irene el corazón se oprime fuerte...  
 besa á su hijo... quiere hablar... y helada,  
 al tropezar sus lábios con la muerte,  
 sin vida cae también sobre la almohada.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

• • • • •  
Y ocultos de la aurora con el velo,  
y en pliegues de una nube reclinados,  
Irene y el rubito pequeñuelo,  
penetran en el cielo,  
por un hilo de besos engarzados.



*Valladolid y Marzo 19 de 1887.*







